

A IMAGEN Y SEMEJANZA

Salido recién de la ducha, desnudo, Cristóbal se observa en el espejo. Es como un bebé gigantesco, rechoncho, la piel suave, húmeda, rosada, casi sin vello.

Comenzando desde los pies, todo en él es rollizo. Hasta las plantas al pisar se sienten como mullidas almohadillas. Le cuesta andar firme y con paso seguro.

Volvió a escuchar esas voces: “¡bolita de fraile!” que sonaban cuando intentaba correr tras la pelota en la canchita. Como todas esas veces, las lágrimas saltan quemando los ojos, calientes de furia y dolor.

Sigue observando a medida que se seca. Otra vez se paspó la entrepierna. Se sienta para poder separar los muslos. Primero pasarse aceite, luego que absorba, fécula de mandioca; la de maíz se humedece y forma hongos. Lo sabe desde chico.

Los pantalones siempre de algodón porque no irritan la piel.

Detiene la mirada en el abdomen traicionero. No obedece las órdenes de su mente. Tratar de controlar estómago e intestinos ante cualquier tipo de emoción es un fracaso sudoroso por el cual tiene que huir en busca de un baño. Las huellas de su derrota quedan en los pantalones.

Optó, con el tiempo, compararse con Buda. En esta etapa de escapismo místico pudo pasar un par de años justificándose, más tranquilo por su tamaño. Lamentablemente no había nacido en Oriente y tampoco encontró en ese momento, en la comunidad japonesa de Capital, practicantes de sumo. Cada vez se le hizo más difícil viajar: los taxis no se detenían con sus señas. La incomodidad en el colectivo y el subte, sobre todo la de los demás, hizo que desistiera de seguir buscando pertenencias foráneas. Regresó a su barrio de Villa Luro y a su antiguo odio por sí mismo.

Vuelve la mirada hacia su imagen. Si mueve los brazos tratando de aplaudir, las palmas acolchadas con dedos cortos parecen festejar la llegada de la cucharita con la “papa”. Sube hacia la cabeza. La suave papada cubre el cuello, donde también hurga para que la fécula penetre.

A esta altura del recorrido ya tiene todo el cuerpo bien empolvado. Cada zona es un rollo con pliegues para cuidar.

Al final, su cara. A esa no la odia, le da repulsión. Las mejillas tan rozagantes, la nariz de pellizco, la boca de capullo, siempre húmeda, entreabierta, sensual, con ese gesto constante de placer postmamada.

Ahora el espejo son sus ojos. En ellos está la verdad de su corazón. Desde allí lo miran implorantes, deseosos de la presencia amada, único consuelo que lo alzaba acercándolo a su cara, husmeándole el cuello, chupándole las orejas, llenando de besos las mejillas y la boca, murmurando en su oído: “bolita de carne mía, rollitos perfumados, pedacito de mi vida. ¡No crezcas nunca, quedate así para mamita! Siempre te voy a querer más que nadie en el mundo, ¡¡¡con todo lo que sufrí para que nacieras!!!!”